

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III.

Madrid, 8 de Septiembre de 1895.

Núm. 115.

Director. Salvador Rueda.

NOTA ARTÍSTICA



EN LA SIESTA

LA INCÓGNITA

Al General Barrié.



GENERAL, mientras las señoras salen del comedor, díganos un cuento. Ya ve usted, los pollos nos abandonan por darles el brazo y servirlos; entretanto, es preciso que alguien nos distraiga.

Sonrióse el veterano artillero, cual lo hiciera el Padre Eterno acometido por un grupo de revoltosos ángeles, y arrellenándose en un gran sillón, dijo: «sea». Y al punto se vió rodeado por las alegres niñas, que formaban, con sus bellos rostros y claros trajes, el más apretado y lindo bouquet.

—Lo que voy á contaros—comenzó á decir—no es invención, ni leyenda alguna; es un *sucedido*, una aventura de cadete, ocurrida á este viejo que os habla, cuando tenía veinte años de edad y ninguno de servicios.

Alzase el antiguo Alcázar segoviano sobre saliente roca, semejando gallardo navío que hiende con su atrevida proa el espacio. A sus pies, rumorosos y humildes, corren el Clamores y el Eresma, adurmiéndolo con la melodiosa armonía de su canto apagado y dulce. Muros almenados le rodean, avanzadas torres le defienden, y hondo foso y levantado rastrillo impiden sorpresas nocturnas y escapatorias furtivas. Pues en éste, á la vez palacio y baluarte de los monarcas castellanos, hallábase instalada la Academia, en que los aprendices de artillero luchábamos, á falta de enemigos mejores, con los tratados de balística, matemáticas y fundición.

Pero el mayor enemigo era el aburrimiento. La disciplina militar sujetábanos á monacal encierro, á monótono vivir. Si alguno hubiese inventado un nuevo juego, una nueva manera de distraerse, lo hubiéramos coronado como á un héroe. El Alcázar nos era insoportable.

En estado tal, imagínense mi alegría al recibir por el correo esta lacónica epístola: «Quién te adora, te aguarda esta noche á las dos. En el acueducto, en el pilar de la cruz, entre la tercera y cuarta piedra, hallarás las señas de su casa.»

La impaciencia no me dejó ni comer aquel día. Durante él puse en tortura la mente. Estaba dispuesto á acudir á la misteriosa cita. Al sonar las doce en el reloj de la Catedral lo tenía todo dispuesto. Las sábanas y colcha de mi lecho, la cuerda de atar el baúl, varios cinturones robados á compañeros, y una chaqueta, formaban la más extraña escala que se ató á reja de castillo medioeval. Por ella, y encomendándome al Divino Maestro, descendí, como por su hilo una araña, hasta el fondo del roqueño Tajo. El balconcillo desde donde cayera el hijo de D. Enrique II, mirábalo, allá casi en el cielo, quizás desde el mismo sitio en que se estrelló el infante D. Pedro.

La luna no había querido iluminar la hermosa noche. Las brillantes estrellas lucían en el cielo, y mirábanse titilando en el río, que murmuraba entre las guijas, al unísono del viento, entre los álamos de su borde..... Crucé las aguas por un vado y gané el camino. El silencio era el señor de todo.....

El arrabal estaba desierto; sus iglesias vislumbrábanse en la penumbra. La Fuencisla callaba su leyenda. Los Carmelitas parecían olvidados del *Cisne de la Noche Oscura*, el compañero de Teresa de Jesús. Los Templarios no guardaban su templo. El Parral y Santa Cruz yacían dormidos, sin acordarse de sus bienhechores, los Villenas y los Reyes Católicos. Todo en redor era calma; sólo en mí hallaba asilo la inquietud.

Subí por la soñolienta alameda que conducía á la ciudad, y al poco tiempo llegué á la plaza del Azoquejo. En ella, el romano acueducto lanza al cielo sus arcos superpuestos, semejando atrevida cadena de entrelazados gigantes, que defienden con sus cuerpos negros y nervudos aquel lado de la ciudad.

La plazuela en que se asienta la titánica mole estaba desierta. Llegué junto al pilar de la cruz, y mi mano rebuscó en la señalada hendidura de las piedras. El corazón me martilló en el pecho. Mis dedos tocaron un papel, lo abrí impaciente, y quedé acongojado; la obscuridad de la noche me impedía leerlo. Miré en derredor y, nada, ni un farol encendido, ni una tiendecilla abierta, ni un resquicio por donde escapase un rayo de luz. Tántalo no hubiera sufrido aquel suplicio.

Desesperado, maldiciéndome, por no llevar una linterna, regresé al río, vadeé sus aguas, y, asiéndome de la colgente cuerda, traté de ganar el balcón. Mas ¡ay! tampoco había contado con aquello. Mis fuerzas, grandes para bajar, no lo eran para subir. La ascensión era imposible..... Entonces, sonámbulo, abrumado por lo que me esperaba,

me encaminé á la Vera Cruz. Ante la iglesia de los Templarios levántase un crucero; recosté en sus gradas el cansado cuerpo, y mis ojos fueron por el sueño rendidos..... Al despertar, los rayos del sol doraban los muros y torres del Alcázar, mas del balcón del Príncipe no pendía ya la escala. Me habían descubierto.

Pero en medio de mi aflicción experimenté inmensa alegría. El lugar en que habitaba la incógnita iba á descubrirlo. Desdoblé el papel y quedé perplejo. ¡Estaba en blanco!

Dos meses de calabozo pusieron término á la aventura. Al cumplir el arresto, el Director de la Academia me descubrió la incógnita, me dijo su nombre, y mientras viva le estaré agradecido por aquella lección.

Ahora, al comedor, á tomar el té, que ya salen las señoras. ¿Creo estaréis complacidas?

Todos los locos del mundo no mueven más escándalo que el femenino auditorio del General.

—¡Estaría bueno; burlarse así de ellas! ¡Vaya un *sucedido*; callarse lo mejor! Nada, nada á decir el nombre de la incógnita.—Y estrechaban, manoteando, el cerco al General, que se reía á carcajadas de las chasqueadas niñas.

—Tomen el té—deciales;—después diré el nombre, aunque me consta que ustedes la conocen.—Pero ellas no cedían. Entonces el artillero adoptó una aptitud marcial, y con acento que trascendía á *ultimatum*, exclamó:—Bueno; á la que me dé un beso, se lo digo.....

El rubor se posó en todos los rostros.

—¿Vale en la mano?—dijo una rubita, poniéndose muy encarnada.

—Vale—replicó el General. Y apenas pronunció estas palabras, parecía un obispo, asaltado por fanáticas beatas. Todas á porfía besábanle la mano. Así que terminó la última, colocóse en medio del corro, que ansioso lo cercaba: y á media voz, cauteloso, como quien teme descubrir un secreto, murmuró:—Pues se llama..... se llama..... No lo olvidéis, porque induce á cometer muchas locuras. Se llama..... la Curiosidad.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

Á UNA ANDALUZA

Virgencita del alma, morena mía,
la del cuerpo flexible, cual las palmeras,
cuando cantas airosa las peteneras
y los crótalos mueves con alegría.

Quien entonces te admire, comprendería
que naciste del Betis en las riberas,
pues sazonan tus gestos y tus maneras
la sal inagotable de Andalucía.....

Tu garganta es un nido de ruiseñores,
que el idioma modulan de los amores;
tu presencia se marca con áureos rastros,
y sumiso á tus gracias y á tu hermosura
me pongo de rodillas; ¿no es la postura
en que deben los hombres mirar los astros?

FRANCISCO M. MONTESINO.

SU CUMPLEAÑOS

Dulce aroma encerrando deliciosa
su virginal corola recogida,
al cumplir años hoy llega tu vida
como un capullo á juventud dichosa;

diáfana, pura, suave y vaporosa
como del alma la ilusión querida,
en pos de tal capullo decidida,
sus alas bate alegre mariposa.

Se llama amor; sus galas tornasola
la luz de una delicia no pensada
de dulce sueño que ilusión es sola;

mas ¡ay! que si por ellas engañada
inocente le entregas tu corola,
trueca el capullo en rosa deshojada.

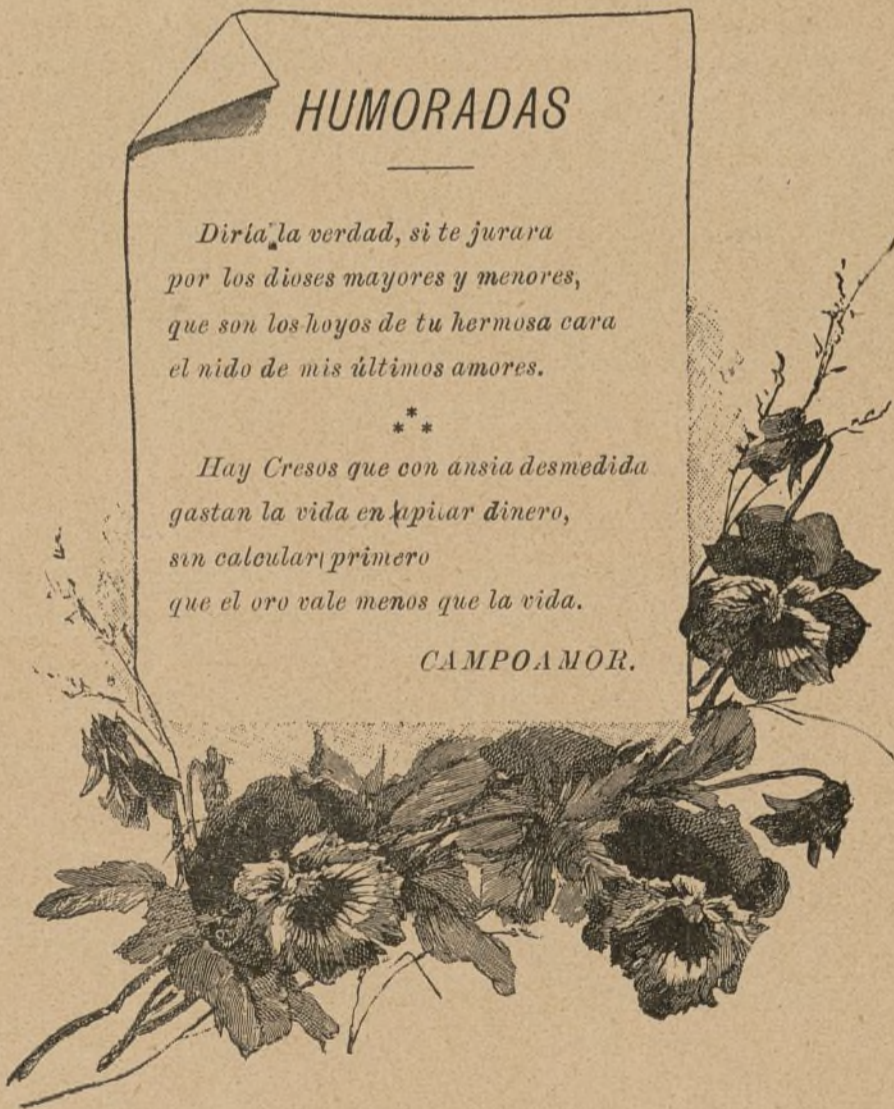
RAFAEL LÓPEZ DE HARO.

HUMORADAS

*Diría la verdad, si te jurara
por los dioses mayores y menores,
que son los hoyos de tu hermosa cara
el nido de mis últimos amores.*

*Hay Cresos que con ansia desmedida
gastan la vida en apilar dinero,
sin calcular primero
que el oro vale menos que la vida.*

CAMPOAMOR.





LA PEDREA.—APUNTE POR ROMERO DE TORRES

LAS NIÑAS CASADERAS

«Querido Enrique:

»Ya estoy cansada de que sólo me echés piropos. Necesito otra cosa. Tiempo es ya de que te cases conmigo.

»Tú dices que mis labios son corales; mis dientes, piñones mondados; mis mejillas, rosas; mi cabellera, plumas de cuervo; mis orejas, conchitas de nácar; mi cuello, un lirio de alabastro.

»Y no lo dudo. Cuando tú lo dices, verdad será.

»Dices también que poseo la gracia de una andaluza, la gallardía de una palmera, la sublime serenidad de un cielo azulado, el majestuoso andar de una diosa, la mansa ternura de una tortolilla.

»Y tampoco lo dudo. Cuando tú lo dices, verdad será.

»Asimismo me dices que soy un modelo de virtud.

»Eso, como comprendes, ni tú ni yo debemos dudarlo.

»Pero, en lo que sí abrigo una duda enorme, es en que te decidas á ser pronto mi esposo.

»Yo trino de rabia.

»¿No sabes?

»Para esta primavera se casan la Rita, la Concha, la Pepa, la Juana, la Petra y la María.

»¡Todas se casan!

»¡Asómbrate! ¡Se casa hasta la Sinforosa! ¿La recuerdas? Tiene todos los defectos y ninguna perfección. Es coja, tuerta, manca, chata, pelona, chismosa, sucia y pobre. Pues bien; se casa este monstruo. Y yo, yo, que soy, como tú dices, una rosita de la mañana, ¿he de quedar solitaria en mi jardín, consumiendo en balde mi belleza y mi perfume?

»Te equivocas, Enrique.

»Quiero, ordeno y mando que vayamos al altar con un ramito de las primeras flores de la estación. Un ramito de lilas frescas, cogidas en el Retiro por tu mano. Las lilas y tú son dos cosas que confundo por igual en mi cariño.

»Conque, Enrique, ¡á la Vicaría!

»¡Cuánto te adoro! Pon tus labios aquí, donde escribe su nombre tu

PAQUITA.»

De en medio de la calle recogí ayer esta carta. Era un papel perdido. Su destino le llevaba ya al saco del trapero. Yo le dí un rinconcillo en mi cartera.

¿Quién es Enrique? ¿Quién es Paquita? No lo sé. ¿Qué anuncia este escrito? ¿Augura, en lontananza, más ó menos cercana, una tragedia, un idilio, un sainete?

¡Misterio, hondo como un pozo!

Lo que está averiguado es que con la nueva savia, que empieza á verdeguear en la punta de las ramas, las niñas casaderas se vuelven, ¡caramba! muy apremiantes.

JOSÉ DE SILES.



INVENTOS MODERNOS
NUEVO APARATO
PARA EVITAR LOS MOSQUITOS

CARTA DE CUBA

(UN TENIENTE Á SU NOVIA)

FRAGMENTOS

Eva mía; me apartan de tu lado
de la patria querida al santo grito,
y mi deber honroso de soldado.

Cual grabados en mármol ó granito,
guardo el recuerdo de mi madre amada
y la memoria de tu amor bendito;

y cada noche, al fin de la jornada,
cuando acampamos al morir el día,
en la extensa manigua dilatada,

luchando con tenaz melancolía,
en un papel mis pensamientos grabo,
porque puedas leerlos, vida mía.

Del sol los moribundos resplandores
luchaban de la noche con la bruma,
que iba robando luces y colores,

cuando, sintiendo ese dolor que abruma,
subí al vapor, que, lleno de soldados,
hendió las aguas y rompió la espuma.

Aun contemplan mis ojos deslumbrados,
ciegos de asombro, el muelle y la bahía,
por delirante multitud sembrados;

y suena en mis oídos todavía
aquel ronco incesante griterío,
que con inmenso amor nos despedía.

Nuestro valor doblando y nuestro brío,
un ¡viva España! atronador sonaba,
como rumor de despeñado río;

el barco poco á poco se alejaba,
dividiendo las aguas con su quilla;
la tarde melancólica expiraba;

y cuando lejos se perdió la orilla,
el sol besó con su postrer reflejo
nuestra bandera roja y amarilla.

No temo de la muerte á la guadaña,
ni me causa temor el trance fuerte
del último dolor que la acompaña;

ABANDONADA!



DIBUJO DE L. R.

Porque es humana, inevitable suerte,
caminar sin cesar tras lo imposible,
andando paso á paso hasta la muerte;
y aun siendo su dolor duro y terrible,
es, por ser el postrero de la vida,
el único dolor apetecible.

Del hombre dobla la cerviz erguida,
lo mismo en la vejez, triste y helada,
que en la temprana juventud florida;
y si es inevitable su llegada,
preferible es morir como valiente,
del plomo al golpe, al filo de la espada.

JOSÉ DURBÁN.

MI ALBUM



¡Á COBRAR!

No se trata de un llamamiento á las «Clases pasivas», sino de decir á aquellos de nuestros lectores que conserven la colección completa de LA GRAN VÍA, que pueden ver en los números del 19 al 22 la suscripción que inició esta Revista para allegar socorros á nuestros soldados, durante los pasados sucesos de Melilla. Aquella meritoria idea fué del Sr. Abati, el cual llegó á recaudar (aparte de la cantidad que él señaló de su propio bolsillo), la suma de 116 pesetas; y como quiera que un total de tan poca importancia en nada podía aliviar la situación de nuestros soldados, no fué distribuída, y se puso en depósito en la caja de LA GRAN VÍA. Ahora que las personas que hicieron á esta Revista sus donativos tienen la ocasión de la guerra de Cuba para poder ofrecerlos, si gustan, á nuestras tropas, les hacemos saber: á los de Madrid, que pueden mandar recoger sus cantidades, durante el presente mes, á la calle de Capellanes, núm. 10, 2.º derecha; y á los de provincias, que el Sr. Abati les devolverá las cantidades que de ellos recibió, saldando así con el público esta cuenta pendiente. Dice el refrán que quien paga descansa.

Y descansa, además, el que, tras diez y seis años de incesantes tareas en este Madrid de mis culpas; el que, después de haber trabajado (solamente en lo que á letras se refiere) tanto como seis ó siete literatos fecundos, ha conseguido, á fuerza de tenacidad, de voluntad indomable, de desprecio hacia su propia salud, poder decir: «ahí queda el yunque; que otro recoja los martillos.» Y ese que dentro de su esfera modestísima ha conseguido no tener ya que estar hecho un esclavo del periódico, ni ir maniatado á la pluma, es, ¡oh mis queridos lectores!, este humilde poeta, al cual, mentira parece, pero es así, no le queda hoy más molestia en el mundo que los disgustillos que le da esta querida Revista; y para quedarse sin molestia de ningún género, y dedicado á no pensar en nada, siquiera sea por un poco de tiempo, ha determinado despedirse cortésmente de sus lectores de LA GRAN VÍA, y regalar la parte de propiedad que en ella le corresponde á un querido amigo, con tal de verse libre de molestias.

LA GRAN VÍA anda ya sola; es de las pocas Revistas que tienen vida propia; y si á esto se agrega el lujo de fotograbados que la nueva empresa piensa dar al público, cada semana, será un negocio de consideración.

Allá los que sigan, y allá se las entiendan con los dibujantes, impresores, literatos y demás personas que tienen que colaborar en una Revista; que yo sólo pienso dedicarme ahora á escribir poemas de extensión y de índole distinta á lo que escribí hasta hoy; obras que me andan rodando por el magín hace muchos años, y que iré escribiendo cuando el deseo lo pida y sin precipitación.

Ya terminé uno, *Fornos*, poema en seis cantos, el cual irá á buscar á mis amados lectores allá por Diciembre próximo; detrás de ese vendrá otro, y después otros.

Conste, pues, que me despido con pesar de los suscriptores de LA GRAN VÍA; conste que guardo en mi corazón agradecimiento á su benevolencia, y conste, por último, que durante el tiempo que he dirigido esta Revista, no la he puesto una sola vez al servicio de ninguna pasión personal, ni me ha servido para tirar chinitas á enemiguillos míos, especie de morralla literaria á quien, en este planeta por lo menos, ni he de leer, ni he de citar una vez sola, aunque Dios me diera más larga vida que á Matusalén.

¡Señores: mucha salud, mucha alegría, y que no falten las pesetas!

SALVADOR RUEDA.

INSTANTÁNEAS

EL ALOJADO



DETRÁS de una reja, tapizada por verde y retorcida parra, y entre cuyas hojas se ve suspendida una jaula con su alegre jilguero, aparece el rostro de una niña preciosa, que cuenta ya sus diez y seis primaveras.

Oye á lo lejos ruido de trompetas, y con la alegre sonrisa que asoma á sus labios, se vuelve á su madre, y dice:

— ¡Madre! ¡Llega tropa al pueblo!.... Tendremos alojado....

La madre baja la cabeza en señal de asentimiento, pero sus labios permanecen mudos.

Al poco rato desfila por la estrecha y tortuosa calle un escuadrón de caballería.

Todos los soldados, cubiertos de polvo, y con los rostros curtidos por el sol, miran á las ventanas

de las casas para ver á las mozas.

Al llegar el escuadrón á la plaza del pueblo se oye el toque de alto.

Después.... todas las casas del pueblo cuentan con su alojado correspondiente.

En aquella casita blanca, y á través de cuya reja hemos visto á aquella niña preciosa, todo es movimiento.

Hay que hacer la comida al alojado, hay que prepararle la mullida cama.

La joven no se da punto de reposo.

¡Y cómo la mira el militar!

¡Y cómo vigila la madre!

Pero lo que está de Dios.... Las miradas del soldado han prendido fuego al tierno corazón de la niña.

Pasados algunos días, la joven ya no está alegre como otras veces, ya no canta, ya se olvida de cuidar al pobre jilguerillo, ya no riega las macetas que adornan la reja, y los verdes pámpanos de la parra piden agua á voz en grito.

Ya las noches se pasan en vela, y mientras la madre duerme, al parecer, los coloquios amorosos á la luz de la luna han comenzado.

Llegó la hora de las promesas de amor eterno, de los juramentos, de la felicidad.

¡Pero todo es pasajero en la vida!

Amanece un día triste. La nube oculta el sol y llueve á torrentes.

Las cornetas tocan llamada en la plaza del pueblo.

El enemigo está cerca.

Y al poco rato desfila á galope por la estrecha y tortuosa calle del pueblo el escuadrón de caballería.

¡Adiós promesas de amor!

¡Adiós juramentos!

Allá, detrás de una reja, tapizada por verde y retorcida parra, y entre cuyas hojas se ve suspendida una jaula con su alegre jilguerillo, aparece el rostro de una niña preciosa, que enjuga con su pañuelo abrasadoras lágrimas, que resbalan perezosas por las mejillas, y que, volviéndose hacia su madre, la dice:

— ¡Madre!.... ¡Se va!.... ¡Y con él se va mi vida!....

— ¡Hija del alma! ¡Ten confianza en Dios! ¡Él volverá!

Y en estrecho abrazo quedan confundidos aquellos dos seres, que sienten por igual su desgracia.

Pasó el triste invierno. Ya los campos vuelven á vestirse de verde, y ya el sol resplandece en el horizonte, y ya en el pueblo todo es alegría y todo vuelve á la vida.

Se oye á lo lejos ruido de cornetas.

Al poco rato desfila por la estrecha y tortuosa calle del pueblo un escuadrón de caballería.

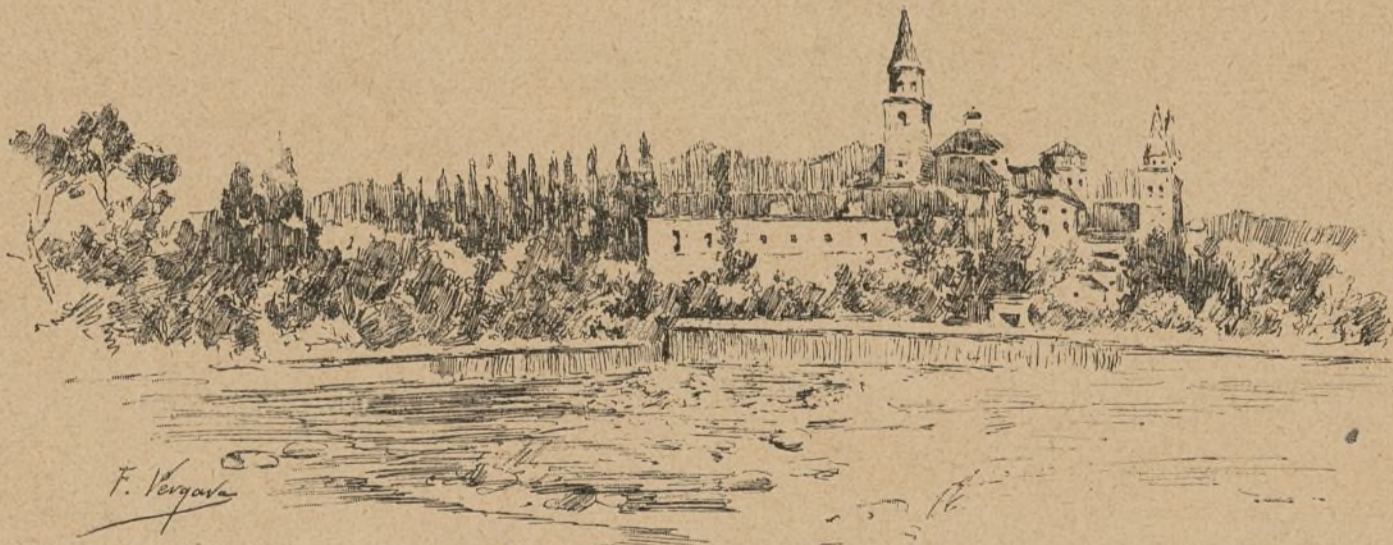
El alojado vuelve, pero vuelve para no separarse más del objeto querido.

¡La guerra ha terminado!

Y entrando en aquella casita blanca, y abrazando á la adorada de su corazón, la enseña el santo escapulario que ella le dió al partir, y que le libró en la batalla del plomo enemigo.

El alojado ha vuelto, y un sacerdote bendice lo que ya Dios había bendecido desde el cielo.

MIGUEL DE PALACIOS.



RECUERDO DE ANDALUCÍA.—DIBUJO DE F. VERGARA

Á MI DISTINGUIDO AMIGO É INSIGNE ESCRITOR D. ALFONSO PÉREZ NIEVA

MIS LUCHAS

I.

El miedo nunca detenerme pudo,
ni ante mis pasos levantó su valla:
cuando yo entro á luchar, á la metiella
siempre le opongo el corazón de escudo.

¡Ah! no lo niego: en ocasiones dudo,
y en otras loca mi soberbia estalla;
pero al cabo repuesto, á la batalla
con nuevas ansias de vencer acudo....

Y esta es la triste, la terrible historia
de mis combates con la adversa suerte,
de mis contiendas con la esquiva gloria.

¿Ceder? ¡Eso jamás! Me siento fuerte
para no disputarles la victoria
en esta guerra sin cuartel y á muerte.

II.

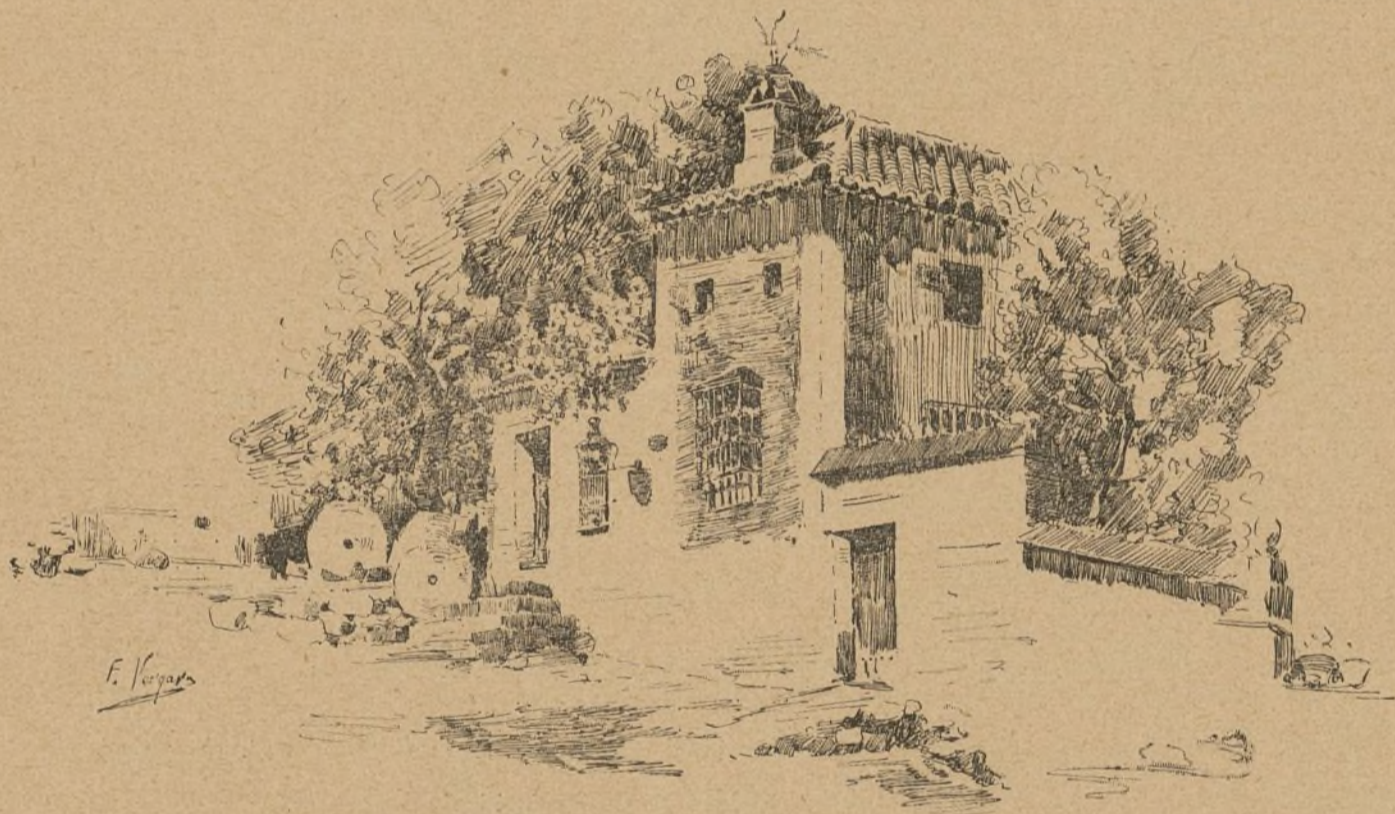
Ya sé que acecha á mi arrojado brío,
como á la fe la tentación maldita,
el desengaño que en mi torno agita
el hosco tedio y el mortal hastío.

Mas si él:—Deja tu loco desvarío
y vuelve, vuelve á la razón—me grita,
yo digo:—Mi valor no necesita
de ti, ni del consejo, que me río.

Y ni el que busca en mis entrañas fondo
desfallecido ante mi ardor se siente,
ni yo mis ganas de vencerlo escondo.

El me replica:—Tu ánimo te miente.—
Pero yo, que no cedo, le respondo
la máxima inmortal:—¡Diente por diente!

RICARDO LODARES GIRÓN.



RECUERDO DE GRANADA.—DIBUJO DE F. VERGARA

CANTARES

I.

Si alguna vez mi cariño
encierra un mal pensamiento,
me hará capaz de matarlo
la vergüenza de tenerlo.

II.

Quisiera ser como el aire
para estar siempre á tu lado
sin que lo notara nadie.

III.

Permita Dios que no encuentres,
cuando pienses en casarte,

ni cura que te bendiga,
ni iglesia donde te casen.

IV.

En tus ojos, al mirarme,
no guardes tanta tristeza.
¡Pienso que te compadeces
del olvido en que me dejas!

V.

Ya no miras mis ventanas
cuando cruzas por mi huerto;
¡el árbol subió tan alto
que olvidó á su jardinero!

VI.

Dos cosas hay que los sabios
no averiguaron jamás:
¡cómo se evita el querer!;
¡cómo se puede olvidar!

VII.

El amante que fué esclavo,
al romper sus ligaduras,
va devolviendo sus penas,
poco á poco, una por una.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

LA CASUALIDAD



El gabinete está amueblado con riqueza y elegancia; sepárale de la alcoba una especie de portada con dos finas columnas. La tenue luz de una lamparilla nos permite ver que en este gabinete hay un secreter de ébano con incrustaciones de marfil, varios estantitos también de marfil y ébano; grandes porcelanas de la China..... Las colgaduras son azules; una gran araña chispea con luces de oro y de cristal..... Pero todos esos ricos colores se funden en una palpitante sombra.....

Más sombría la alcoba..... Apenas si se distingue el lecho colgado de seda de color de rosa, y en el lecho, entre el embozo de encaje y la almohada, la cabeza de una mujer que duerme; que duerme con sueño intranquilo.

Es la viuda de Bisalto: joven y rica.....

Hace, sin embargo, poco tiempo que su doncella se ha retirado, llevándose las galas que lució en el teatro; hab'a entrado en su alcoba, se había despeinado y vuelto á recogerse el pelo delante de su tocador; había bebido, como siempre, un vaso de agua con azúcar; se había acostado, abierto una novela y leído, sin enterarse, una página. Mas sintiendo una gran pesadez en los párpados, se incorporó con dificultad, dió un soplo á la bujía, hizo la señal de la cruz y murmuró sus oraciones.

Pero un momento después quiso levantarse para encender otra vez la luz; ya no pudo; una pesadez mortal la retenía sobre el lecho; en su cabeza se desvanecían las ideas; tinieblas y resplandores pasaban delante de sus ojos como las visiones de un delirio, y en todo su cuerpo experimentaba una sensación voluptuosa, que se mezclaba, no obstante, con el espanto.

Porque la viuda conservaba momentos de lucidez, en que comprendía que no era el sueño de todas las noches este rápido y pesado sueño..... Sentía indecisos y profundos terrores..... Quiso alargar el brazo y coger el cordón de la campanilla. Tampoco pudo.

Y entonces se quedó con los ojos casi cerrados; con la cabeza hundida, como de plomo; con la boca entreabierta, respirando por los hermosos labios fatigosamente.

Veía y no veía: los muebles se pusieron en movimiento, y la pareció como que danzaban..... Los cortinajes se estremecieron como si algunas personas se agitasen detrás..... Y en aquella vaga niebla dorada, que difundía, como en pálidos círculos, la lamparilla, una figura distinta, una silueta, se dibujaba vigorosamente, iba, venía, pasaba, repasaba....

Un ruido sordo, interrumpido por notas vibrantes, llegaba hasta sus oídos, como de abrir y cerrar cajones, y chocarse objetos de metal al caer revueltos en algún cesto.

La silueta avanzó de pronto hacia la alcoba; se detuvo en la portada y alargó la cabeza como quien escucha; ¿había oído algo?..... La viuda había querido gritar; pero sus labios se habían abierto y vuelto á cerrar sin sonidos..... No se había oído nada.

Y la viuda sintió que aquella sombra—más negra que la tiniebla que lo llenaba todo—avanzaba con precaución hacia ella, con la mano izquierda hacia delante, con la mano derecha hacia atrás, como si se tratase de imponer silencio con la una, como dispuesta á herir con la otra.....

Inclinó su oreja hasta sentir la respiración de la viuda, y luego la miró; y entre la negrura que los envolvía, ella quedó aterrada de miedo, y de la ferocidad con que á un tiempo miran los ojos del crimen.

—¡Duerme!—murmuró el criminal.

Y de puntillas se volvió al gabinete. Pero la silueta reparó en algo que estaba sobre el tocador, y que relucía con rebajados tonos. Era el servicio de cristal, cuyas tapas eran de plata, y unos frascos de perfumes cerrados con oro. Las tapas y los frascos desaparecieron en el fondo de los bolsillos de la silueta.

Después la viuda le vió entrar en el



LA IMAGEN DE LA NECESIDAD

gabinete, le vió cruzar y recruzar todavía, sin rumor, como quien anda con los pies descalzos, delante de la lamparilla; le veía flotar delante de la luz como una mariposa negra.

Después nada más vió, porque la petrificación que sentía en todos sus miembros la invadió la cabeza, y el cerebro, y la imaginación.

A la mañana siguiente la doncella entró y se encontró que la viuda dormía contra su costumbre.... Parece que esto le sorprendió mucho; pero la sorprendió más todavía ver en desorden la alcoba; abiertos los cajones del secreter del gabinete; en el suelo, aquí, una flor artificial; allí, un pendiente; allá, algunas monedas y dos ó tres instrumentos de hierro muy característicos.

—¡Ladrones! ¡Ladrones!—salió gritando.

Cuando la señora viuda de Bisalto volvió de su sopor se encontró á la cabecera de su cama al médico y varios parientes....

En el salón esperaban ya un Inspector de policía y un empleado del Gobierno civil, hombre de confianza del Gobernador.

Una hora después conferenciaba con ambos la viuda, pálida, trémula, con los ojos espantados todavía....

—Señores—les dijo—yo creo que mis criados....

—Ya están presos—exclamó el Inspector.

—Sólo sospecho de la doncella....

—Ya está presa....

—Los porteros....

—Se les ha preso también.

—El vaso de agua contenía un narcótico, sin duda.

—¡También se ha preso el vaso de agua!—fué á decir el Inspector, maquinalmente....

—¿Quiere enseñarnos las habitaciones donde se ha verificado el robo?

Entraron.

—¡Hola!—dijo el del Gobierno civil,—¡qué *cachet* de elegancia y gusto hay en esas habitaciones, qué riqueza tan sencilla, qué elegancia tan superior, y, sobre todo, qué bien huele!

—¡Ah!—dijo la viuda;—los ladrones no han dejado nada de eso; se han llevado el dinero; lo han destrozado todo, y hasta los pomitos de mi perfume se han llevado!

—Señora, descuide usted; yo la prometo que el dinero, y hasta los pomitos, parecerán.... De los pomitos, sobre todo, respondo—añadió el Inspector.

Y, en efecto, algunos meses después el Inspector ponía en manos de la viuda de Bisalto los frascos susodichos, y, además, la noticia de que también parecería pronto el dinero.

He aquí cómo narró el Inspector su campaña:

«Al día siguiente del robo estaba yo convencido de que la doncella era cómplice del ladrón—porque ha sido uno sólo;—pero estaba convencido también de que no diría una palabra. Una ventana del hotel tenía cortado un cristal, y había señales de haber entrado y salido un hombre por el jardín, saltando la verja.... Esto bastaba para la excusa de los criados....»

«El Juez, cuyo celo nunca ponderaré bastante, no ha sido feliz en esta ocasión, y se desesperaba de no encontrar el hilo de la madeja. Yo le dije:—Sr. Juez.... he dado mi palabra á la señora viuda de Bisalto, y la cumpliré; apurados los medios lógicos y consiguientes, todavía nos quedará el gran agente de policía: *¡La casualidad!*»

«La casualidad, en efecto, es, señora, el verdadero enemigo de los criminales; no la casualidad desprovista de lazos con el hecho, sino aquella que tiene relaciones tan ocultas con él que no le es posible sospecharlas ni al ingenio más privilegiado.

«¡Pero, en fin, yo me puse en contacto con ciertos.... pájaros de cuenta!—Hay que tratar con todos los malos, cuando se quiere servir á los buenos.—Ninguno de ellos pudo darme luz. El golpe les pareció audaz, pero de un principiante, según ellos; se había hecho con demasiado estrépito, con inútil desorden, y hasta llevándose objetos cuyo robo podía perjudicar.—Es, sin duda, un joven que empieza—me decía uno de nuestros más distinguidos *espadistas*.—Ha empezado bien, pero acabará mal, si no tiene la suerte de oír mis consejos.

«Desesperado de ver que ni la causa, ni mis relaciones particulares daban nada de provecho, yo mismo me dediqué á recorrer todos los centros del vicio y del crimen; casas de prostitución, tabernas, tugurios de ciertos barrios, porque mi instinto me decía que el ladrón no había salido de Madrid.

«—¡Es joven!—me decía yo.—Debe serlo, y, por lo tanto, las mujeres, el juego y el vino le harán traición.

«Pero nada, ni el más ligero indicio

«Yo también desistí, al fin, y dejé que la casualidad viniese á intervenir en el asunto, como otras veces.... Y he aquí cómo vino.

«Anoche recibí noticia de que en cierta callejuela de mala reputación, y en cierta casa de peor reputación todavía, se daba un baile, en celebridad de casarse la dueña de la casa....»

«Me habían dicho que el baile sería magnífico, por su especial señorío, y que no faltarían, por esto mismo, escándalos y riñas.

«Una vaga esperanza también.... Vestido de paisano, y no bien vestido, me acerqué á la casa, cuyo piso bajo estaba todo iluminado por dentro; el bullicio era ruidosísimo y mareador.... Me acerqué á una reja y vi que, con grande entusiasmo, todos gritaban:

—«*¡Que bailen!*»

«Se trataba de una mujer de fama en el barrio, soberbia chica, y más soberbia bailadora, y de un chulo, nata y flor de los buenos mozos.

«Yo conocía á la mujer. Siempre tenía relaciones con algún criminal; la gustaban las riñas y provocar las muertes.

«—¡Hay tres hombres en presidio por mí!—decía muchas veces, como si dijera: ¡Tengo tres angelitos en la gloria!

«Después de haber bailado, ella y él vinieron á sentarse junto á la ventana.

«Instantáneamente me separé de la reja, doblé la esquina tranquilamente, y, una vez allí, eché á correr como un loco.

«—¡Aquí al momento!—exclamé, no bien encontré una pareja.

«Y, volviendo al baile, entré, puse la mano en el hombro del chulo, y le dije:

«—¡Date preso, tunante!

«El no hizo ni un gesto; con la mayor tranquilidad se volvió hacia ella, y exclamó:

«—¿No te lo decía yo? *¡Me has perdido!*

«Y ella, con no menos aplomo, le contestó:

«—Pues si no me los he de poner, ¿para qué robas *perfumes*?»

ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES (*Fernanflor*).

VINOTERAPIA

(DIBUJOS DE CILLA.)



Dicen que el dinero da la felicidad; pero, vamos á ver, si yo fuera millonario, ¿podría tener una jumera más grande de la que tengo?



Me he bebido treinta copas, y ahora resulta que me falta otra..... para el sombrero.



—¿Sabes, Pepa, que pienso rebajar el vino?
—¿De precio?
—No, de fuerza; es decir, echarle más agua todavía.



—Bueno vas, ¡camará!; lo menos tienes media arroba dentro del cuerpo.
—Anda, que no me durará mucho ¡rato.



CONCURSO FEMENINO

EN DOBLE COMBINACIÓN
POR A. NOVEJARQUE

* * * * * 0 *
* * * * * 0 *
* * * * 0 * *
0 * * * * *
* * * * 0 *
* * * * 0

1.º Reemplazadas las estrellas por letras, se leerán horizontalmente seis nombres de mujer.

2.º Reemplazar los ceros por letras, de modo que verticalmente expresen un nombre de mujer.

3.º Todo junto, leído horizontalmente, resultarán otros seis nombres de mujer.

CHARADA, POR F. NOVEJARQUE

1.ª 5.ª 4.ª 5.ª Ave.
5.ª 2.ª 3.ª Nombre de mujer.
1.ª 2.ª 3.ª Apellido.
5.ª 4.ª 5.ª Pieza musical.
1.ª 5.ª Cabello.
4.ª 3.ª Corriente de agua.
5.ª 3.ª Parte de las aves.
1.ª Mamíferos.
2.ª Nombre de letra.
3.ª Nota musical.
5.ª Preposición.
Todo: Nombre de mujer.

DOBLE ACRÓSTICO DIAGONAL

POR FRANCISCO NOVEJARQUE

* 0 0 *
0 * * 0
0 * * 0
* 0 0 *

Reemplazados los ceros y estrellas por letras, se leerá horizontalmente:

Nombre de varón.—Apellido.—Capital.—Golfo.

En la primera diagonal de estrellas se leerá el nombre de un Pontífice, y en la segunda un mamífero.

INFINITIVOS ARITMÉTICOS

POR F. NOVEJARQUE

Infinitivo + Infinitivo — Infinitivo = Infinitivo.

Infinitivo. 79.685
Infinitivo. 4.245

A PUESTA

He apostado con Marquinez, y á cualquiera apostaría, á que no hay camisería mejor que la de Martínez.

San Sebastián, 2, Madrid

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25

INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

Vacunación diaria de 2 á 5.

Se vende y remite vacuna á provincias.

Banco Hispano Colonial

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el cupón núm. 37 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los señores Baring Brothers y C.ª Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad

de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Octubre, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona, 31 de Agosto de 1895.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

Banco Hispano-Colonial

ANUNCIO

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886

Treinta y siete sorteo de amortización

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el treinta y siete sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 6 del corriente mes han resultado favorecidas las diez y siete bolas

Números 704—1.759—2.655—3.667—4.700—5.883—6.088—6.396—6.857—7.087—7.433—9.142—9.879—10.983—11.077—11.243 y 11.513.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil setecientos billetes

Números 70.301 al 70.400—175.801 al 175.900—265.401 al 265.500—366.601 al 366.700—469.901 al 470.000—588.201 al 588.300—608.701 al 608.800—639.501 al 639.600—685.601 al 685.700—708.601 al 708.700—743.201 al 743.300—914.101 al 914.200—987.801 al 987.900—1.098.201 á 1.098.300—1.107.601 á 1.107.700—1.124.201 á 1.124.300 y 1.151.201 á 1.151.300.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Octubre próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona, 31 de Agosto de 1895.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
LITERARIOS NI ARTÍSTICOS

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyras».

DERECHOS RESERVADOS.